

**VICTORIA, Pablo, *Grandes Mitos de la Historia de Colombia. La Nueva Granada contra España*, Editorial Planeta, Bogotá, 2009; y *La Otra Cara de Bolívar*, Editorial Planeta, Bogotá, 2010.**

A manera de réplica —o ‘antivirus’— de la obra *Historia de las Independencias contada por Diana Uribe* (Editorial Aguilar, Caracol Radio, Bogotá, 2009), debe celebrarse la publicación de los dos tomos que reseñamos, que constituyen en su conjunto una refutación muy oportuna a todas las historias de las independencias que las versiones oficialistas y acomodadas han divulgado con el propósito de perpetuar las mentiras sobre la independencia novograndina.

El formato del primer tomo, en un tono azul bastante llamativo, es convencional, aunque la ilustración de la portada (que muestra los retratos de varios próceres cuyas cabezas han sido removidas digitalmente y yacen en el suelo) advierte que el contenido de la obra «no dejará títere con cabeza», para emplear la expresión usual en estas tierras. Sí resulta amañado, casi con ánimo atenuante, el mensaje de la contraportada, como si los editores hubiesen querido mitigar el daño hecho a la historiografía oficial del régimen, sin espantar a los potenciales clientes.

En este libro se enumeran y rebaten varios de los más connotados mitos de la historia de la independencia: 1. El Imperio esclavista español; 2. El férreo monopolio español; 3. El origen popular de la revuelta comunera; 4. Los españoles ejecutaron a Galán; 5. El oscurantismo español; 6. El poder absoluto de los españoles; 7. La falta de privilegios políticos y distinciones sociales; 8. El florero y las multitudes contra España; 9. La Patria Boba; 10. La independencia y los derechos del hombre; 11. Las mazmorras y los grilletes de Antonio Nariño; 12. La solidaridad y cohesión republicanas y 13. Nariño, ¿Precursor de la Independencia o de la Reconquista?

Para citar un ejemplo, el capítulo dedicado a la «Revolución Comunera» expone no sólo su carácter aislado, sino que insiste que fue instigada por los mismos criollos de la «oligarquía» —no en el sentido marxista sino aristotélico del término— neograndina, quienes se vieron afectados por las medidas tributarias impuestas con motivo de la guerra desatada con Inglaterra en 1779.

Mención especial merece el «desenmascaramiento» de José Miguel de Lozano y Peralta, primer marqués de San Jorge de Bogotá, quien nunca accedió a tal título de nobleza por no pagar los derechos pecuniarios que conllevaba, y que, sin embargo, hizo uso de él. Su influencia en la firma de las *Capitulaciones* y el evidente beneficio que de ello se derivaba son expuestos para derribar uno de los tantos mitos erigidos por el régimen post-independentista. También resalta el relato de las influencias familiares del notablato santafereño, acostumbrado a acomodar la administración a sus intereses.

En este sentido, el autor aborda también la cuestión de la ejecución de José Antonio Galán, demostrando que la pena no fue impuesta por españoles, sino por funcionarios criollos que administraron justicia según las leyes vigentes.

Enseguida el autor expone claramente el origen y las actuaciones — poco conocidas y que contradicen la historiografía oficial— de los principales próceres independentistas, los que procedían, en su mayoría, de las familias más encumbradas del reino, y aprovecharon la ocupación francesa de la Península como pretexto para hacerse con el poder político.

Resalta el nuevo énfasis que hace de la figura de Antonio Nariño, tenido por «protoprócer», por haber sido encarcelado supuestamente por traducir e imprimir la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano. La realidad es que su arresto se debió a la malversación de los diezmos eclesiásticos (de los que era administrador de rentas), y no a la causa que se le siguió por la afamada traducción, de la cual sólo conservó dos ejemplares y quemó el resto, intentando con ello hacer desaparecer el cuerpo del delito.

El capítulo sobre el «oscurantismo» español —de lectura indispensable— muestra cifras y datos incuestionables que destruyen la inicua leyenda negra que se ha tejido alrededor de la inquisición española; mientras que el dedicado a la falta de privilegios políticos de los criollos hace otro tanto con los alegatos de muchos próceres, mostrando que ellos mismos eran, o habían sido, detentadores de importantes posiciones, mientras que acusaban a España de discriminarlos.

El segundo libro, *La otra cara de Bolívar*, exhibe en la portada al personaje —que después de la lectura de la obra no puede volver a ser visto

con los mismos ojos— en uno de sus retratos más veraces —y desafortunados. Es un retrato crudo y perturbador de la figura de Bolívar, como instigador y autor de las más diversas atrocidades, que explican la desastrosa situación de las sociedades hispanoamericanas a partir de la guerra fratricida que emprendió contra España.

Limito mis comentarios de esta obra para invitar a su lectura por parte de todo aquel que quiera, por fin, descubrir la causa probable y principal de la desgracia de estas tierras: el desastre de la guerra de independencia. Para quienes siempre nos habíamos preguntado sobre las evidentes contradicciones históricas que rodean el mito bolivariano, este libro renueva valientes esfuerzos, como el de Sañudo o el de Corsi Otálora, de mostrar con realismo la verdadera faz de Bolívar; y también manifiesta por qué suele ser tenido como dios por una dirigencia que se acostumbró a cometer, desde entonces, las mismas tropelías.

Es evidente que aún falta mucho por revelar, y el siguiente tomo de la serie, sobre la independencia definitiva, y que la editorial ha encargado al autor, promete continuar con la demolición —justa, por demás— de la historiografía del régimen. De todas formas, y dada la ignorancia supina que impera en los temas históricos, pueden rescatarse las palabras de Gilberto Alzate Avendaño: «el régimen está tan débil que no aguanta una hemorragia nasal».

La buena acogida de ambas obras por el público es una grata sorpresa, y aunque combinadas cuestan más que la mayoría de las obras recientes sobre la independencia, cualquiera de los textos de Pablo Victoria puede ser abordado individualmente con gran provecho. Muestra de ello es el éxito alcanzado en España por *El día en que España derrotó a Inglaterra* (Editorial Áltera, 2007), y *Al Oído del Rey* (Editorial Áltera 2008), en los que ya había emprendido contra las «hazañas», o más bien, los crímenes de Bolívar y los independentistas.

Dios permita que el autor nos proporcione, como ha prometido, una obra adicional sobre uno de los grandes paradigmas de la hispanidad: Don Gonzalo Jiménez de Quesada, fundador de Santafé de Bogotá.

JUAN DAVID GÓMEZ